

Patrulla nocturna

José Luis Carrasco Sánchez-Algaba

Pantalla uno: Polonio traba amistad con
Pantalla dos: Disturbios en distrito cuarto
Pantalla tres: Claudio evita en público a
Pantalla cuatro: El sindicato de futbolistas
publicita sus documentos sobre su estrategia
comercial y reconoce que los cambios en su
"volumen de negocio" han influido en sus
ambiciones. Muy positivamente Pantalla uno:
Polonio Pantalla dos: Ronelda confiesa que en
su juventud fue discriminada por su condición
de inteligencia artificial Pantalla tres:

—Esta mañana hablamos con Malkiel, el
famoso viajero de los diez milenios.

—Hola... acércame tu insignia, mi vista se
ha vendido a los conspiradores de la vejez
junto a las canas y este dolor en los huesos...
Linda. Sigo sin acostumbrarme a vuestras
peculiares formalidades. Nadie me recriminará
que no he aprendido vuestra manera de ser
sinceros.

—¡Y a mí hacerme a tus frases tan largas!
Guau, Malkiel. Perdona, *Pater Operator*, ¿lo he
dicho bien?

—Vive Dios que sí, Linda, y observa la
ligereza con que uso el término Dios. Quiero
que la gente lo entienda sin ambigüedades.
Me considero uno más.

—Lo sabemos. ¡Bueno, mírame hablar,
representando a una ciudad de cien millones
de habitantes!

—Que no te extrañe. De donde yo vengo,
una tribu era muy reducida, tanto como no
puedes imaginar, pero nos unían lazos tan
estrechos como a ti con tus compatriotas. El
concepto de prole es de lo más flexible.

—Muchos de ellos se van a preguntar
eso. ¿De dónde vienes?

—De todo lo lejos que he podido. La
primera vez que me perdí en esta zona conté
una chumbera y dos erizos peleando por su
sombra. ¿Qué te parece?

—¿Nada más?

—Hablamos de varios miles de años, querida. ¿Te hace eso ampliar tu reflexión sobre mi procedencia?

—¡No, no me da la imaginación para tanto!

—Calcula si quieres: treinta y seis millones quinientos mil días. No los he vivido todos, por supuesto.

—¿Hablas de viajes en el tiempo?

—Correcto, corazón, así llegué a la ciudad. Una buena alternativa para jubilarse, si bien involuntaria. Los impulsores fallaron. Llevo una eternidad tratando de arreglarlos. Por desgracia, vuestros ingenieros no parecen capaces de echarme un cable. Quizá me llegue en sueños la solución.

Las cámaras recogían en abierto y con rango para todas las familias, humanas y artificiales, las declaraciones de Malkiel, con las que esperaba difuminar la fama de secreto de estado que lo perseguía desde su aparatoso descenso en la torre del gobierno central. No le resultó demasiado arduo, para su sorpresa, resumir diez mil años en un par de horas. Los meandros de su existencia, en perspectiva, repetían un puñado de esquemas, centrados en la persecución, la guerra y la supervivencia. Una singladura empapada en sangre a través de civilizaciones de diferente madurez y cultura, un máximo de cuatro o cinco años por estancia y una serie de bajas irremplazables, consecuencias de sus enfrentamientos con otras bandas. Su embarcación, al final de su último viaje, casi se pilotaba sola. Los intervalos de tiempo mermaron con el cumplir de los años. Acabó por perder la cuenta de su propia edad, olvidadas las referencias de siempre: lugar de nacimiento, los meses o años vividos en cada lugar, el cálculo de los años bisiestos... en su juventud lo registraba todo en el diario de bitácora pero en un arranque de furia y medio borracho de un licor amargo, lo borró sin detenerse a pensarlo. April había escapado de la nave para verse a hurtadillas con un chico. La ausencia de una madre nunca facilita una educación. A su regreso anunció que se quedaba. Su amor y su deseo de formar una familia eran las razones, pero si él dejaba de viajar, encontraba o soñaba con nuevos enemigos. Tuvieron que despedirse.

Solo, sin edad ni un documento que le acreditara en las naciones que visitó, en su

mayoría ultratecnificadas, no se decantó por ninguna. La elección le vino impuesta cuando en su última travesía despertó rodeado por un equipo de emergencias que le informó que llevaba horas inconsciente. Un *jet lag* de cien años no se aconseja a personas mayores.

Por cierto, cuando despertó, April se hallaba con él. Era idéntica a ella, por lo menos.

Dedicaron el final de la conversación a sus envejecidas piernas mecánicas, un par de bastos ingenios hidráulicos que parecían diseñados por un ingeniero de la prehistoria con más prisa que instrumentos. Malkiel, que ligó su sobrenombre, *Pater Operator*, a sus piernas, explicó de corrido que un androide de un clan rival le mutiló en su niñez. Luego explicó entre risitas pícaras cómo lo destruyó. Con un mohín, la periodista rehuyó fijarse en ellas.

Linda, una IA de dos años de edad, declamaba sus frases con encanto para el canal 14. Incluso de haber tenido una edad acorde a su imagen, Malkiel hubiera podido seguir siendo su abuelo ciento cuarenta veces. Un reflejo de la chica era nuevo para él, la conexión mental con las noticias locales. Sabía el segundo exacto en que su mente recibía el impulso electrónico para desviar su conciencia a otro programa. Sonrió educado. ¿Qué importaba, ni siquiera compartían el mismo espacio? Linda y Malkiel no se habían movido de los salones de sus respectivos pisos. Una tarde de perros afuera. Relámpagos resplandecían en la superficie opaca de la cúpula de un barrio de gestores, demandando la atención de la brigada de conflicto y comunicaciones, según los teletipos que Linda compartía con él entre frase y frase. A veces se despistaba y le colaba un bloque de comentarios no destinados a él. Las IA optaban voluntariamente por una imagen más humana gracias a los fallos deliberados en su programación.

—Esto es el futuro. El primero que va por delante de mí. Sabía que no me quedaban oportunidades. Se me hace muy duro viajar. Linda, me recuerdas a un oso de peluche. Un poco como mi hija...

—Se nos acaba el tiempo. Para vosotros, suscriptores, en dos minutos saldrá por escrito en los canales de texto. Un honor, señor

Malkiel, de verdad.

Al apagarse las luces de los proyectores la habitación encogió, como si los fondos falsos le hubieran transportado a un verdadero plató de televisión. El ambiente recuperó también su temperatura cuando los potentes focos dejaron de emitir su calor. Bajo las etéreas mallas tridimensionales apareció una jovencita de rostro de cuento de hadas, ligera de pies, manos, hombros y muñecas, mirada digna de ser mirada y perfume de otro planeta.

Le invitó a tomar asiento. Las paredes se estremecieron con las noticias de la tarde. La niña esquivó a la pata coja los proyectores del suelo, flexionó sus piernas sobre el sofá y bajo ellas se ocultaron sus pies. El cojín vibró suavemente al notar la presión sus sensores. Un gato acompañaba a April en la casa, siempre dormido entre ellos. Escándalo de tráfico de influencias afecta a estrella mediática. Sigue una película.

A la niña le perdía la ropa de fiesta, que llevaba con poca comodidad en cualquier situación, preparada para el exterior sin más prolegómeno que una sombra de rímel. El ambiente mismo olía a calle, a comida rápida para llevar, aún cálida, que transmitía su olor a salsa y pan tostado, a sonidos de conversaciones. Hasta el silencio del piso sonaba a silencio de carretera surcada por una combinación de discretos vehículos eléctricos y livianos ciclistas. Los neones de la calle maquillaban su rostro.

—Esta noche hay conciertos gratis en el auditorio, ¿recuerdas?

—No conviene, gorrión —dijo él, y en torno suyo cavilaron siervos mecánicos—. Me preocupa tu seguridad.

—Solo por esta vez. Cuéntame, ¿quién va a salir un martes?

Eso, ¿quién?, reflexionó. ¿Un agente del orden, un periodista en busca de una crónica con gancho, un testigo potencial con la cámara del teléfono a mano?

—Pequeña, un día cederé, y me romperás el corazón.

April aparecía por triplicado en dos espejos; con una boa de plumas superpuesta, que colgaba detrás en un armario, otra medio

escondida tras una caja de cartón con el logotipo amarillo de una empresa de comida rápida, la tercera aún frente a él, en el sofá.

Guardó silencio, absorto en sus ojos. ¿Correría a encerrarse en su cuarto según su costumbre? Y si no, ¿le expondría una vez más sus impresiones, tan vagas, sobre la realidad de su condición, la que le obligaba a preservarla en casa? Un buen montón de recuerdos le asaltaban al hablar con ella. Su compañía en los viajes, tantos como las muescas de su cuchillo en las paredes de la cabina de su nave. Un salto en el tiempo, un siglo, un fogonazo en los interfaces, una edad, un parpadeo que le muestra un nuevo horizonte, una era. Dure lo que dure ese ambiguo término. April estaba tan imbuida de tiempo como él, separada del fondo: un hermoso cuadro en una pared de plástico. Antes era distinto. Al principio disfrutó al igual que cualquiera de un padre y una madre. A ella, contratado pronóstico en una vida de piratas, se la llevaron unas fiebres. Para él, bueno, era distinto. Seguía adelante, cargando con el fardo de la perpetuidad.

Una escala de notas graves se coló entre ellos, y la niña lo aprovechó para marcharse. Malkiel descolgó mientras se frotaba los ojos con índice y pulgar. Siempre veía motas borrosas después de cada encontronazo con April la díscola, April la niña eterna.

Al otro lado Claim espetó sus frases sin respiros ni saludos. Le urgió que sin retrasarlo un segundo se pusiera lo más parecido a un traje de gala que durmiera en su armario. Si no lo tenía, cualquier prenda de negro daría el pego. Que volara a la avenida de la Concordia. Se esperaba una manifestación de IA por la tarde. Que no pensara ni por un minuto en su propio coche. El taxi iría de su cuenta. Para evitar reacciones programadas, la inauguración de bosque Gea se adelantaba, casi por sorpresa, al día de hoy. Que corriera. Que corriera ya. Avisó a April que debía marcharse por un rato a través de la puerta de madera y que cenarían algo rico aquella noche.

El taxista era un prototipo de aficionado a los deportes de inteligencia artificial, música de radio alta, brazos musculosos, gafas gruesas de muchos aumentos, habituales en los que han quemado sus pestañas en competiciones virtuales de varias horas al día y

en la noche, que protegían unos ojos que a través del retrovisor intuyó como de los mejores del mercado. El hombre no le reconoció, y Malkiel agradeció los minutos extra de no-tengo-comentarios sobre las luces nocturnas y proyecciones amorfas en los callejones y otras zonas mal iluminadas. Las visitas de la policía no habían pasado desapercibidas para cualquier vecino con un mínimo interés. Desechó aquellos pensamientos tratando de sustituirlos por otros, pero éstos no duraban mucho en su fuero interno, y en seguida recuperaban su lugar aquellas imágenes de patrullas policiales y ciudadanas, barriendo la ciudad de lo que llamaban, sin percatarse de la redundancia, "contaminación lumínica residual".

Con un roce del mapa, el conductor aceptó las coordenadas para aparcar del ordenador de a bordo. Un despliegue en semicírculo de furgonetas y equipos móviles se dibujaba en torno a una vasta zona salpicada de árboles, en cuyo umbral se alzaba un estrado rectangular, separado de la vegetación por un voluminoso cartel con el logotipo de la b minúscula y la G mayúscula. Malkiel distinguió enseñas triunfales por doquier: fotos del presidente, brazos alzados, dedos con la señal de la victoria, su sonrisa y la de una fotogénica masa a sus espaldas, todos vestidos con ropa colorida y caracterizados con el aura de la esperanza, que los rodeaba con un hilo invisible, en pública comunión. Como su reflejo pálido, otra masa se había agolpado, según la radio del taxista, alrededor del estrado, tan pronto vieron alzado este sobre unos andamios. Los agoreros vivían a la espera de un nuevo conflicto entre las IA y humanos. Malkiel bajó la ventanilla y aspiró a bocanadas un perfume embriagador.

Al fondo de la avenida asomaban los árboles más altos, aquellas recreaciones genéticas en las que había colaborado los últimos meses. Ocupaban una serie de solares que se extendían, para él, hasta el infinito, donde ya el horizonte no lograba interponer nuevos edificios. Diversas fuentes luminosas de led rojos, verdes y azules ensartaban las copas de los abedules, y por encima de ellos el tejido de la ciudad superior con las viviendas de la clase alta.

Pagó con tarjeta. Nada más pisar el suelo se topó con las primeras filas de fanáticos. ¿Le

reconocerían incluso en pleno trance? No eran posibles los equívocos. La cirugía hidráulica era mucho más sutil entonces que en su juventud. Muchos asistentes respiraban con pulmones de silicona, aplaudían con manos mecánicas y escuchaban con oídos conectados al satélite de comunicaciones de la comunidad. La otra mitad no había nacido de mujer. Una bonita muestra de humanidad, pero ni sus explicaciones como héroe de guerra convencían a las ancianas para no cambiarse de acera. Al fin y al cabo, ellos tampoco habían conocido combates tal y como él los recordaba.

El sonido de la voz, la música, a toda potencia, saturaba el aire y a sus oídos acostumbrados al silencio de las fronteras y los desiertos, les dificultaba atender al discurso. Desprendido del significado de las frases, la transmisión de los altavoces se transformó para él en un continuo melódico, una fluctuación sedosa que envolvía a la audiencia como un hilo. Atendió a las palabras: que un nuevo espacio para la naturaleza, que un reencuentro con las raíces, que un lugar de liberación personal en estos tiempos en que no merecía la pena mirar por la ventana.

Entre empujones y disculpas, Malkiel se hizo paso por el gentío hasta la plataforma sin que los guardias de seguridad movieran un dedo para allanarle el camino.

—Zafarrancho de combate.

El presidente mostraba su acostumbrado magnetismo verbal. Su figura espigada florecía entre la marea de periodistas como un cirio negro. Señaló a sus espaldas para describir no lo que la gente veía, sobresaliendo del cartel hacia un horizonte verde, sino lo que conformaría su futuro en el barrio, un proyecto al que sucederían otros, fuentes de oxígeno y hábitats animales desconocidos para las últimas generaciones. Formaba parte de la historia la competición prolongada entre la industria química, erigida en salvadora de la sociedad civilizada tras la debacle de los vehículos eléctricos, con los petrolíferos sintéticos, que contraatacaron con medidas muy similares al chantaje, de resultados que todo el continente se vio en una encrucijada. Ofertas de precios bajos, crisis financiera, promesas privadas de desarrollo acelerado... un bonito caldo de cultivo para la expansión

en el que los grupos ecologistas tenían todas las de perder, hasta el punto de ser tachados prácticamente de brujos. Una nueva inquisición corporativa había nacido, y con la sombra de la miseria acechando en cada estado, se derribaron las últimas fronteras éticas. Adiós, bosques y valles, cuencas mineras, protecciones del patrimonio, adiós.

A la vez, la creación de vida inteligente de la nada en masa y sin control disparó el crecimiento de la población. Las inteligencias artificiales eran el recurso perfecto para mano de obra barata y como soldados en las guerras transoceánicas, hasta que se reconocieron sus plenos derechos. Para entonces el abismo entre clases se mostraba insalvable y de la naturaleza sólo quedaban estériles rescoldos.

Las hemerotecas digitales contaban las consecuencias: al principio los líderes enarbolaron la bandera de lo temporal. Cuando recuperemos los niveles de ciudadanos con empleo, cuando superemos la decadencia, regresaremos a la normalidad. Generaremos, mientras tanto, agua y oxígeno con filtros. Nada más fácil. Luego la normalidad, dejó de ser un término con sentido para formar una nueva variable financiera. Inversión en normalidad. Los abuelos aún recordaban una vida entre extensiones salvajes. Para ellos se concibió el proyecto Bosque Gea; un bosque dentro de la ciudad. El mundo al revés.

El público estaba en manos del presidente y él, envuelto en una música y luces celestiales, se elevaba sobre ellos como un campeón olímpico. Claim subió a escena para leer un desordenado legajo de papeles que resumían la experiencia de resucitar varias hectáreas de árboles, y las necesidades técnicas y de infraestructura que habían sido necesarias para plantar los primeros centímetros de abono. La figura de Malkiel se asoció al proyecto ecológico en calidad de consultor. Prácticamente no quedaba nadie que hubiera recorrido un bosque salvo él. La cinta inaugural fue cortada; más aplausos, apretones de manos, saludos a cámara y la clausura.

El fragor de las calles abarrotadas retrotrajo a Malkiel a los tiempos de la pólvora y el hollín. Cuatro coches oficiales se llevaron a la cohorte política. Claim entró en uno, sin

llegar a divisarle entre el gentío. Los nuevos modelos antigraavedad despegaban en vertical y sin aceleración previa. Antes de que la audiencia volviera a sus casas, el vehículo del presidente flotó hacia el cielo para confundirse entre nubes.

Dar un paso a través de la aglomeración resultaba todo un logro. Ni en sus expediciones por parajes yermos ni ahora en la ciudad, donde rehuía a las masas, hubiera soñado con algo así. Una oleada de taxis de carretera y antigravitatorios acudió al rescate, pero la parada quedaba lejos de su alcance, y ni siquiera los refuerzos lograron despejar la plaza: un racimo de brazos se alzaban para ocuparlos antes de que tomaran tierra. A mitad de camino renunció y buscó el atajo más próximo a la acera.

Quince minutos más tarde se alejaba por fin del evento, guiándose con el mapa de la tableta. Vehículos pululaban por la gran avenida como moscas. Atravesó una maraña de luces eléctricas, una espesa mezcla de alumbrado urbano, publicidad y trabajadores urbanos a los que la pobre luz natural no bastaba ni para reconocer la punta de sus destornilladores. Pasado el mediodía las superestructuras tentaculares de las clases altas y los conglomerados de la restauración de lujo, a varios kilómetros del suelo, se apropiaban de los rayos del sol.

El distrito centro siete quedaba atrás. La distancia entre farolas fue aumentando y la intensidad de su luz, disminuyendo. Ya escaseaban los paneles móviles publicitarios, y al entrar en las pobladas zonas residenciales, éstos limitaron sus avisos y rebajaron su tono. Sólo el zumbido de estática de algún coche solitario se impuso al silencio. Luces lejanas de posición para el tráfico aéreo al fondo. Entrevió más allá, tapada por livianos bloques de viviendas, la callada actividad de una base militar, su pista de despegue desierta. Le hizo gracia aquel espacio vacío. En la avenida principal desembocaba un sinfín de callejones adyacentes de cuyas tinieblas surgían paseantes apresurados. Abajo siempre era más de noche que arriba. Miró a su espalda: ni rastro del bosque. Llegaría en cinco minutos, a casa, a sus recuerdos y a April, y no estaba seguro de si los primeros pertenecían a ella o al revés.

Sobre las lunas de los pocos comercios que daban a la calle, y en los cristales esmerilados de los edificios, Malkiel no vio los destellos propagarse en línea recta. Pequeños chispazos zigzaguearon en vertical de arriba abajo, como zánganos brotados de las cápsulas de luz de las farolas. Los haces parpadearon, hambrientos de nuevos espacios, y en sus reflejos escalaron los edificios, a tramos gualdas, otros bermellones, y cada aparato de mantenimiento ambiental anclado en la pared rugió e hizo temblar su estructura viga por viga. Costó medio segundo que tomaran las terrazas, y en armonía capturaron las antenas parabólicas, envolviéndolas como serpientes con sus cuerpos.

Mientras la sombra de Malkiel giraba en una esquina, el enfrentamiento de la pléyade alambicada de formas luminosas desafiaba a la noche. Unas, semejantes a grandes nubes de gas, tornaban de color, mudando del negro al gris al blanco y viceversa, para enredarse con unas palmas blancas y extensas, que surcaban el aire. Tomada la casa, el zigzag indómito se extendió como una sábana, suave y fría, sobre las colindantes, en busca de terreno donde alimentarse de más luz, hacia el centro de la ciudad.

La voz mecánica de William le dio la bienvenida. Un tono electrónico anunció la regulación de la temperatura, el tinte específico de las ventanas de acuerdo a los neones de fuera, de cuyas emisiones se beneficiaban las células eléctricas externas y el murmullo de ruido blanco que aislaba las estancias en su propia quietud. El anciano silbó para April una melodía de dibujos animados:

—¿Quién quiere pescado fresco de las simas subterráneas?

Su perfume invadía el cuarto, el despacho mismo vibraba de ausencia, pero se trataba de algo transitorio. De los dispositivos móviles sólo quedaban los cargadores, de cuyas entradas manaban los cables como hilos de petróleo. Con un gesto de barrido los armarios entendieron que debían abrirse. A las perchas les faltaba bailar de pura sensación de apremio. En la cocina, una taza de té aún caliente. Corrió a la ducha: los sensores del suelo no habían terminado de secar el vaho en

el espejo. Se había marchado. Cerró de un portazo mientras se preguntaba si April esquivaría con éxito las patrullas nocturnas. Cómo culparla, discurrió, si apenas él lograba sacar conclusiones.

—April, tienes edad para enfadarte, pero no para comprender, ¡y yo tampoco! Un *strangelet*... ominoso término. Suena a espíritu convocado de las profundidades. La biblioteca de la nave apenas lo menciona. He leído lo poco que hay, y aún me sorprende. Una manifestación de materia nuclear generada por los motores de la Tejedora. Obviamente estable y racional, y provista de memoria también. ¿Podría preguntar a los investigadores del gobierno? No, antes muerto. La diseccionarían como Newton al espectro luminoso. Algún día entenderás, de verdad, por qué debes permanecer en casa. Sólo necesitamos tiempo, lo que siempre he tenido a placer. Además, la teoría no lo es todo. Lo más importante es que siempre te he querido.

Caminaba con lo puesto. Conocía las calles como si las hubiera diseñado. Quizá lo hizo en sueños; la alineación en cuadrícula tan perfecta, tan simétrica, no parecía producto de unas manos humanas, aunque sus vecinos lo asumían con tranquilidad. Letreros sociales de pantalla de aire avisaban:

“Congestión de tráfico avenidas Perelman y Koshiba”

“Itinerarios recomendados por avenidas pares”

“Colapso en estaciones intermodales distritos centro 1 a 9”

“Disturbios en bosque Gea”

“No confíe en su software: conduzca con prudencia”

Leyó en diagonal hasta la penúltima línea. Llamó por teléfono y de las alturas descendieron dos luces de focos amarillos y una señal de alarma, el clásico sonido de claxon de los coches antiguos. Los vehículos hicieron paso en la carretera, y uno estacionado sin permiso en una parada de transporte público se esfumó a toda prisa. El ambiente se llenó del humo de la nobleza. Los aerotaxis de la zona de clase alta eran caros, pero para eso estaba el dinero. Pidió que le llevaran a bosque Gea.

A lo lejos cantaba un ronroneo agudo. Bajó la ventanilla para oír mejor. Sirenas de policía. El viento despejaría sus nervios, pero el último al que se le ocurrió asomarse salió en las fotos del periódico con sólo dos dedos en la mano izquierda.

Las luces de bosque Gea en la oscuridad producían el efecto de un jardín de plástico en un acuario. Un puñado de ciudadanos se alejaba de sus lindes como pececillos asustados. Al ras de las copas de los árboles, las visiones se imbricaban como adornos de Navidad, y coloreaban su ramaje de una mezcla de añil y oliva. Desde lejos el ambiente era casi hogareño. Vehículos de la guardia nacional abrazaban el perímetro. Apuntaban sus focos al centro de la actividad; un manojo denso de parpadeos de unos diez metros cúbicos. Dos mitades partían el cúmulo en un *ying* y *yang* de tonalidades opuestas, que se intercambiaban en cada latido.

Tajima controlaba los accesos con un disuasorio nervioso con una potente luz en el extremo. Seis o siete guardias a su espalda calentaban un generador del que manaban varios cables y que murmuraba una áspera letanía desde las entrañas de su motor como un airado dios hindú. El más largo de esos brazos, bifurcado en muchas extensiones, alimentaba varios trajes aislantes de escafandra gruesa y opaca. Los hombres esperaron su turno y cuando la luz de cada extensión pasó del rojo al verde, desactivaron los cerrojos, desenroscaron las mangueras y se fueron vistiendo sobre sus uniformes.

—Da media vuelta, Malkiel. Esta noche son peores, agresivos. Los habremos disuelto en media hora.

El anciano se apoyó en su brazo y sonrió tiernamente.

—Se me ha olvidado el paraguas, hijo. Dame un minuto y será como si nunca hubiera venido.

Tajima protestó con energía. Él ejerció presión sobre su brazo mientras su sonrisa se volvía más y más edulcorada.

—Todavía guardo recomendaciones para ti, Tajima. Con el alcalde, el gobernador, la jefa de prensa...

La luz del guardia bajó hasta iluminar sus botas, que emergieron de la oscuridad como

cabezas de cocodrilo. El hombre titubeaba. Malkiel palmeó su hombro y le dejó mientras pensaba su respuesta. Una gran nube servía de bandeja de plata a la luna. Con la precisión de un alfiler, solo Polaris atravesaba las regiones de polvo y suciedad en el cielo silueteado de edificios. Sus zapatos se embarraron en una senda iluminada bajo el carnaval de luces eléctricas. Los seis o siete guardias habían mirado a otro sitio mientras pasaba. Mantuvo la cabeza gacha, sin fijarse en la acción allá arriba. En su penúltimo viaje había descubierto lo mismo a menor escala. Una fuga de reflejos bailarines en dos bandos, feroces, alimentándose de la energía de su opuesto. A veces, entre las llamaradas reconocía rostros familiares.

April se acurrucaba entre los brazos de un olmo. La noche profunda enfangaba el sendero, pero bajo las manifestaciones nucleares vio su imagen oscilar a saltos, con la cadencia estroboscópica de los jóvenes en las discotecas. Abrazaba sus piernas, reducida a un cuerpo diminuto, se mordía el pulgar, pasaba su larga melena por detrás de sus finas orejas. Faltaba poco para que a sus ojos se asomara el llanto. Una vez más, los guardias no la habían reconocido.

Él la vio primero. La niña se levantó con cuidado de no rozar las ramas más bajas. La tomó de la mano y hubo un largo abrazo mientras sobre sus cabezas una fiera de Malasia y la figura moribunda de su padre, herido por arma blanca, se fundían en un desfile de colores. Rompió su regla y miró arriba. El paisaje de todos los pueblos por los que había pasado, los vecinos que se encerraban en su casa, temerosos de la llegada de la Tejedora y su tripulación, la máscara metálica burlona del Gran Yrram, el maldito engendro que le había arrancado las piernas, se abocetaban un momento nada más, luego sus trazos desviaban sus ángulos e inclinaciones, los círculos se abrían a las líneas, las paralelas se despedían y otra pequeña parcela de la memoria se ocupaba.

Sí, navegaban allá arriba como él en la Tejedora, primero de grumete a órdenes de su padre, luego de capitán, al final de remolcador de un aparato destartado y descolorido, espejo de sus años. Partículas extrañas cabalgando ondas de choque que sacudían el aire con la potencia de un reactor. No faltaba

ni April, la excepción fundamental, el *strangelet* que respiraba y caminaba como él mismo. Sólo de cerca uno apreciaba las alteraciones de materia que volvían su piel tan fina y delicada que temía atravesarla como un fantasma. Por mucho que deseara acudir a conciertos o bailar en fiestas, una fuerza más poderosa la reuniría siempre junto al resto de *strangelets*, los fotogramas que definían su propia vida.

Se separó de su hija y le revolvió el pelo con cariño.

—Perdona. Al ver los agentes busqué un escondite, como tú me enseñaste.

—Perdona. Prometo buscar una solución.

Hablaron al unísono, y unas sirenas interrumpieron lo demás. Tajima no podía seguir reteniendo a los nuevos efectivos.

Al registrar el perímetro la guardia sólo encontró unas huellas estampadas en el barro reseco. Por la distancia entre pasos y la forma en que se imprimían, un experto dictaminó que se habían alejado a la carrera.

La cabeza del Gran Yrram, la Tejedora, los vecinos de tiempos pasados, aún resplandecían en el cielo nocturno, a imitación de los neones informativos del departamento de tráfico, la publicidad estática y móvil y la brillante señalización urbana que no dejaba que la noche lo fuera por completo. La metamorfosis continua de bosquejos permaneció en lo alto un rato más, hasta que las fuerzas especiales cumplieron al fin su cometido. Fue la última vez que la ciudad los divisó en el horizonte.

Dos horas después un juez autorizaba el registro de su casa. Dentro, a la policía le sorprendió un aroma indistinguible. Los enseres del piso caídos por el suelo, la mayoría rotos, la ropa hecha jirones, no daban cuenta de sus habitantes. En el recibidor, humeaba un cráter de dos metros de diámetro, signo de una combustión que había consumido la madera del suelo hasta mostrar el material aislante de debajo. Según la hipótesis más plausible, los *strangelets* nucleares de los motores de la Tejedora, que también faltaba en el hangar, se habían llevado a Malkiel a la tumba, pero siguieron buscando. Al principio el presidente dirigió el operativo en persona, hasta que otros asuntos le requirieron. Sólo los

más beligerantes miembros del congreso reclamaron explicaciones. Luego hasta ellos se aburrieron, y cuando los medios de comunicación cubrieron otras noticias, tan sólo uno o dos jóvenes investigadores recopilaron en sus archivos las pruebas y conclusiones de la policía científica.

Quizá alguno de ellos, en el futuro, razone, según los datos obtenidos, que en contra de las tesis de su época, el viaje hacia el pasado es factible. Y que Malkiel y April se habían ido, juntos, a un lugar y un momento en que ella vivía con su marido y él descansaba en compañía no de un espectro atómico, sensible pero ilusorio, sino de su hija, encarnada y real. Todavía con fuerzas para el *jet lag* del último viaje.

